

Miguel de Unamuno

La tía Tula

Prólogo de Manuel Hidalgo

Prólogo

Manuel Hidalgo

Gertrudis, Tula, esa mujer con «ojazos de luto», poseedora de «un tesoro de ternuras y delicias secretas, decide hacer de su vida, a los veintidós años, una misión, una entrega devastadora en la que se autoinmola.

Celestina perentoria de los amores de su hermana Rosa con el Joven Ramiro, a los que casa poco menos que a la fuerza, Tula opta, con irrefragable contundencia, por volverse en cuerpo y alma en sus sobrinos, que serán tres. Primero lo hará como tía omnipresente, casi usurpadora del papel de la madre de los pequeños y, muy pronto, muerta ésta, y siempre desde su irrenunciabile soltería, Tula se constituirá hasta el fin de sus días en madre titular -madrstra, jamás- de las tres criaturas y de las que vendrán de la oprobiosa seducción del servicio.

Un sentido categórico del deber, fundado en una estricta religiosidad heredada de la familia, hace de Tula una virgen madre o una madre virgen que, con el mismo denuedo, defiende los dos extremos de tan flagrante contradicción. De esa acerada e inmisericorde defensa simultánea de dos términos opuestos nace su drama, apabullante versión del habitual conflicto interior, de la pelea agónica característica de los personajes unamunianos, que ni tienen un momento de paz ni nos la procuran a nosotros, los lectores de sus historias.

Pero la tragedia de Tula se sustenta en las sacudidas del puente que une las dos orillas -maternidad y virginidad- del curso torrencial de su vida: el deseo sexual. Sin paliativos y con numerosa prodigalidad, Unamuno describe a Tula como un volcán a punto de erupción, una olla a presión de sexualidad insatisfecha y urgente que se alivia con los escapes de vapor de una espiritualidad cierta, sí, pero también evidente mutación sublimada de los apetecibles apetitos carnales.

El examen de la hiperactuación unamuniana en el terreno de la religión y la filosofía, sin duda entrometidas con peligro -la «sororidad» del prólogo, la «abejidad» del texto- en el flujo argumental de lo novelesco, no nos puede cerrar los ojos a lo palmario: estamos ante un indisimulable relato erótico, tal vez uno de los más crepitantes, tensos, agobiantes y enfermizos de la literatura en castellano del siglo xx.

Desde el principio se sabe que Tula se siente atraída por Ramiro, el marido de su hermana, pero ella se empecinará, aun bajo el mismo techo, en alejar y cubrir de cemento ese cáliz. «Otro hijo mío», dirá de Ramiro, engañándose. Tal vez de sus tajantes convicciones religiosas surge en Tula, por reparo moral ante el sexo y ante el consecuente pecado de la carne, una honda misoginia, una androfobia, una aversión física al hombre -ese bruto, dice ella- que sólo halla correlato, como no podía ser menos, en la creciente intensidad de su deseo de hombre, del deseo de Ramiro.

Tula se acoraza en sus deberes maternos, se pertrecha de íntima soledad y aburrida rutina, impulsa sus velas con el generoso viento de un implícito afán de santidad, narcotiza sus instintos con un ansia descomunal de pureza, se cierra en banda, en definitiva, pero, con todo ello, sólo logra hacer del deseo sexual una proliferante patología que bordea, por no decir que abraza, el sadomasoquismo.

Erizada sobre un autoritarismo -«y basta», dice la tía- intransigente, que se quiere bienintencionado, en cuanto engarzado a un insuflado y exigente concepto del deber, Tula sufre y hace sufrir a cuantos la rodean, se empuja y les empuja a un destino doloroso y desgraciado, rigiendo las vidas de todos y la suya propia desde la vigilante atalaya del narcisismo, el amor propio y la soberbia, cosa que ella misma reconocerá cuando su férrea construcción amenace ruina y haga cuentas con el espectro del fracaso.

El combate del ángel del espíritu y del demonio de la carne en manos del atribulado Unamuno -que sin duda sufrió, en su propia piel y en esos términos idéntica pugna, no puede ser de otro modo-, se traduce en una atmósfera cargada y recargada de una sensualidad que, cuanto más se niega a sí misma o más se enmascara de prudencia expresiva, más brilla, estalla y se desgarran en soterrada violencia de fulgor sexual.

El texto está plagado de observaciones y matices descomunales. Unamuno, hay que repetirlo, se conduce con un talante enfermizo al atribuir a Tula acciones, ideas y sentimientos indicativos de una aguda y desazonante patología. Tula que abomina de la saciedad -el barro, el estiércol- y tiene aversión a la sangre -no digamos a la sangre coagulada, se especifica-, abre un balcón «para que se vaya el olor a hombre»; llega a relacionar en la cama el vómito de un bebé que tiene en brazos con las manchas del semen; entiende que sentarse en el suelo, sobre la hierba, en pleno campo, ante su cuñado viudo y sus sobrinos-hijos, puede ser síntoma de descarada flojera; percibe la brisa del mar como un aguijón en la carne y sufre al ver a sus niños contemplando los juegos (los encontronazos) de las aves de corral. Hay mucho más de lo mismo, y tan aberrante.

Los pechos, las entrañas, el vientre, los huesos, todo cuanto constituye la corporalidad, lo fisiológico, está visto por Unamuno y Tula en una confusa relación con el universo espiritual -«el imán de tu cuerpo lleno de alma»; como sí en ello

encontraran, más que armónica fusión, disculpa y absolución para su condenado carácter de despojos que incomprensiblemente contienen el palpito de la vida y desventuradamente el calambre del deseo.

Unamuno es cruel e implacable con sus personajes cuando les describe físicamente. Así, un recién nacido es «un mezquino rollo de carne viviente», y la pobre Manuela, ¡a criada hospiciana, será, en boca de Ramiro, « la menor cantidad de mujer posible». ¿No es terrible?

Terrible es también el sofocante escenario hogareño de la acción, el discurrir anodino de los días, el breve séquito de curas que acompaña a los personajes principales y, no digamos, la sucesión de enfermedades, consumiciones físicas y muertes que jalonan el lúgubre argumento, tan reñido con el humor como un agonizante con una fiesta de cumpleaños.

Unamuno, con sus idiosincrásicas pretensiones, sitúa La tía Tula en su innecesario prólogo -él mismo reconoce que es un petacho- en una órbita de resonancias teresianas, quijotescas y de tragedia clásica (Antígona). Nada que objetar, y se le puede seguir la corriente al autor, sobre todo desde inevitables instancias académicas y eruditas. Pero, fuera de ellas, lo que un lector de hoy verá a bote pronto en este relato es un acogotante e impúdico melodrama, tal vez la versión abreviada de uno de aquellos prolijos folletines tan genuinos del XIX, en cuya factura me atrevo a destacar la abundancia y liquidez de los diálogos que, pese a estar sometidos a un tonillo retórico que nos es ajeno, alcanzan una sorprendente fluidez y contienen bruñidas expresiones de pasmoso y deslumbrante sincretismo.

Así como Emma Bovary siguiendo con inconsistencia un comprensible afán de liberación, destrozaba su vida y la de los suyos, Tula, supongamos que su contratipo, esclavizando su deseo al collarín de su deber, logra idéntico efecto.

¿Dijo Unamuno alguna vez, imitando a Flaubert, «la tía Tula soy yo»? No sé si lo dijo o no. Pero entiendo que, de haber estado para bromas, podría haberlo dicho.

Miguel de Unamuno

La tía Tula

Prólogo del autor

(QUE PUEDE SALTAR EL LECTOR DE NOVELAS)

Tenía uno (hermano) casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí; juntábamonos entrambos a leer vidas de santos... Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos que pena y gloria eran para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto, y gustábamos de decir muchas veces para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. [...]

Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos; como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla úsese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido, pues conocidamente he hallado a esta virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella, y en fin, me ha tornado a sí.

Del capítulo I de la Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús, que escribió ella misma por mandato de su confesor.

Sea (Dios) alabado por siempre, que tanta merced ha hecho a vuestra merced; pues le ha dado mujer, con quien pueda tener mucho descanso. Sea mucho de enhorabuena, que harto consuelo es para mi pensar que le tiene. A la señora doña María beso siempre las manos muchas veces; aquí tiene una capellana y muchas. Harto quisiéramos poderla gozar; mas si había de ser con los trabajos que por acá hay, más quiero que tenga allá sosiego, que verla acá padecer.

De una carta que desde Ávila, a 15 de diciembre de 1581, dirigió la Santa Madre, y tía, Teresa de Jesús, a su sobrino don Lorenzo de Cepeda, que estaba en Indias, en el Perú, donde se casó con doña María de Hinojosa, que es la señora doña María de que se habla en ella.

En el capítulo II de la misma susomentada *Vida*, dice la Santa Madre Teresa de Jesús que era moza "aficionada a leer libros de caballerías" -?los suyos lo son, a lo divino- y en uno de los sonetos de nuestro *Rosario* de ellos, la hemos llamado

Quijotesca

a lo divino, que dejó asentada
nuestra España inmortal, cuya es la empresa:
sólo existe lo eterno; ¡Dios o nada!

Lo que acaso alguien crea que diferencia a santa Teresa de don Quijote, es que éste, el caballero -y tío, tío de su inmortal sobrina- se puso en ridículo y fue el ludibrio y juguete de padres y madres, de zánganos y de reinas; pero ¿es que santa Teresa escapó al ridículo? ¿Es que no se burlaron de ella? ¿Es que no se estima hoy por muchos quijotesco, o sea ridículo, su instituto, y aventurera, de caballería andante, su obra y su vida?

No crea el lector, por lo que precede, que el relato que se sigue y va a leer es, en modo alguno, un comentario a la vida de la santa española. ¡No, nada de esto! Ni pensábamos en Teresa de Jesús al emprenderlo y desarrollarlo; ni en don Quijote. Ha sido después de haberlo terminado, cuando aun para nuestro ánimo, que lo concibió, resultó una novedad este parangón, cuando hemos descubierto las raíces de este relato novelesco. Nos fue oculto su más hondo sentido al emprenderlo. No hemos visto sino después, al hacer sobre él examen de conciencia de autor, sus raíces teresianas y quijotescas. Que son una misma raíz.

¿Es acaso éste un libro de caballerías? Como el lector quiera tomarlo... Tal vez a alguno pueda parecerle una novela hagiográfica, de vida de santos. Es, de todos modos, una novela, podemos asegurarlo.

No se nos ocurrió a nosotros, sino que fue cosa de un arraigo, francés por más señas, el notar que la inspiración -¡perdón! de nuestra *nivola Niebla* era de la misma raíz que la de *La vida es sueño*, de Calderón. Mas en este otro caso ha sido cosa nuestra el descubrir, después de concluida esta novela que tienes a la vista, lector, sus raíces quijotescas y teresianas. Lo que no quiere decir ¡claro está! que lo que aquí se cuenta no haya podido pasar fuera de España.

Antes de terminar este prólogo queremos hacer otra observación, que le podrá parecer a alguien quizás sutileza de lingüista y filólogo, y no lo es sino de psicología. Aunque tes la psicología algo más que lingüística y filología?

La observación es que así como tenemos la palabra *paternal* y *paternidad*, que derivan de *pater*, padre, y *maternal* y *maternidad*, de *mater*, madre, y no es lo mismo, ni mucho menos, lo paternal y lo maternal, ni la paternidad y la maternidad, es extraño que junto a *fraternal* y *fraternidad*, de *frater*, hermano, no tengamos *sororal* y *sororidaZ* de *soror*, hermana. En latín hay *sororius*, a, um, lo de la hermana, y el verbo *sororiare*, crecer por igual y juntamente.

Se nos dirá que la *sororidad* equivaldría a la *fraternidad*, mas no lo creemos así. Como si en latín tuviese la hija un apelativo de raíz distinta que el de hijo, valdría la pena de distinguir entre las dos filialidades.

Sororidad fue la de la admirable Antígona, esta santa del paganismo helénico, la hija de Edipo, que sufrió martirio por amor a su hermano Polinices, y por confesar su fe de que las leyes eternas de la conciencia, las que rigen en el eterno mundo de los muertos, en el mundo de la inmortalidad, no son las que forjan los déspotas y tiranos de la tierra, como era Creonte.

Cuando en la tragedia sofodeana Creonte le acusa a su sobrina Antígona de haber faltado a la ley, al mandato regio, rindiendo servicio fúnebre a su hermano, el fratricida, hay entre aquellos este duelo de palabras:

A.-No es nada feo honrar a los de la misma entraña...

CR.-¿No era de tu sangre también el que murió contra él?

A.-De la misma por madre y padre...

CR.¿Y cómo rindes a éste un honor impío?

A.-No diría eso el muerto...

CR.-Pero es que le honras igual que al impío...

A.-No murió su siervo, sino su hermano...

CR. Asolando esta tierra, y el otro defendiéndola...

A.-El otro mundo, sin embargo, gusta de igualdad ante la ley..

CR.-¿Cómo ha de ser igual para el vil que para el noble?

A.-Quién sabe si estas máximas son santas allí abajo...

Antígona, versos 511-521

¿Es que acaso lo que a Antígona le permitió descubrir esa ley eterna, apareciendo a los ojos de los ciudadanos de Tebas y de Creonte, su tío, como una anarquista, no fue el que era, por terrible decreto del Hado, hermana carnal de su propio padre, Edipo? Con el que había ejercido oficio de sororidad también.

El acto sororio de Antígona dando tierra al cadáver insepulto de su hermano y librándolo así del furor regio de su tío Creonte, parecióle a éste un acto de anarquía. «¡No hay mal mayor que el de la anarquía!» —declara-

ba el tirano. (*Antígona*, verso 672.) ¿Anarquía? ¿Civilización?

Antígona, la anarquista según su tío, el tirano Creonte, modelo de virilidad, pero no de humanidad; Antígona, hermana de su padre Edipo y, por lo tanto, tía de su hermano Polinices, representa acaso la domesticidad religiosa, la religión doméstica, la del hogar, frente a la civilidad política y tiránica, a la tiranía civil, y acaso también la domesticación frente a la civilización. ¿Aunque es posible civilizarse sin haberse domesticado antes? ¿Caben civilidad y civilización donde no tienen como cimientos domesticidad y domesticación?

Hablamos de *patrias* y sobre ellas de *fraternidad* universal, pero no es una sutileza lingüística, el sostener que no pueden prosperar sino sobre *matrias* y *sororidad*. Y habrá barbarie de guerras devastadoras, y otros estragos, mientras sean los zánganos, que revolotean en torno de la reina para fecundarla y devorar la miel que no hicieron, los que rijan las colmenas.

¿Guerras? El primer acto guerrero fue, según lo que llamamos Historia Sagrada, la de la Biblia, el asesinato de Abel por su hermano Caín. Fue una muerte fraternal, entre hermanos, el primer acto de fraternidad. Y dice el *Génesis* que fue Caín, el fratricida, el que primero educó una ciudad, a la que llamó por el nombre de su hijo -habido en una hermana- Henoc. (*Gén. IV, 17.*) Y en aquella ciudad, *polis*, debió empezar la vida civil política, la civilidad y la civilización. Obra, como se ve, del fratricida. Y cuando, siglos más tarde, nuestro Lucano, español, llamó a las guerras entre César y Pompeyo *plusquam civilia*, más que civiles -lo dice en el primer verso de su *Pharsalia*- quiere decir *fraternales*. Las guerras más que civiles son las fraternales.

Aristóteles le llamó al hombre *zoon politicon*, esto es, animal civil o ciudadano -no político, que esto es no traducir- animal que tiende a vivir en ciudades, en mazorcas de casas estadizas, arraigadas en tierra por cimientos, y ése es el hombre y, sobre todo, el varón. Animal civil, urbano, fraternal y.. fratricida. Pero ese animal civil, ¿no ha de depurarse por acción doméstica? Y el hogar, el verdadero hogar, ¿no ha de encontrarse lo mismo en la tienda del pastor errante que se planta al azar de los caminos? Y Antígona acompañó a su padre, ciego y errante, por los senderos del desierto, hasta que desapareció en Colona. ¡Pobre civilidad fraternal, cainita, si no hubiera la domesticidad sororial!

Va, pues, el fundamento de la civilidad, la domesticidad, de mano en mano de hermanas, de tías. O de esposas de espíritu, castísimas, como aquella Abisag, la sunamita de que se nos habla en el capítulo I del libro I de los Reyes, aquella doncella que le llevaron al viejo rey David, ya cercano a su muerte, para que le mantuviese en la puesta de su vida, abrigándole y calentándole en la cama mientras dormía. Y Abisag le sacrificó su maternidad, permaneció virgen por él -pues David no la conoció- y fue causa de que más luego Salomón, el hijo del pecado de David con la adúltera Betsabé, hiciese matara Adonías, su hermanastro, hijo de David y de Hagit, porque pretendió para mujer a Abisag, la última reina con David, pensando así heredar a éste su reino.

Pero a esta Abisag y a su suerte y a su sentido pensamos dedicar todo un libro que no será precisamente una novela. Ni una *nivola*.

Y ahora el lector que ha leído este prólogo -que no es necesario para inteligencia en lo que sigue- puede pasar a hacer conocimiento con la tía Tula, que si supo de santa Teresa y de don Quijote, acaso no supo ni de Antígona la griega ni de Abisag la israelita.

En mi novela *Abel Sánchez* intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón, en ciertas catacumbas del alma, adonde no gustan descender los más de los mortales. Creen que en esas catacumbas hay muertos, a los que lo mejor es no visitar, y esos muertos, sin embargo, nos gobiernan. Es la herencia de Caín. Y aquí, en esta novela, he intentado escarbar en otros sótanos y escondrijos. Y como no ha faltado quien me haya dicho que aquello era inhumano, no faltará quien me lo diga, aunque en otro sentido, de esto. Aquello pareció a alguien inhumano por viril, por fraternal; esto lo parecerá acaso por femenino, por sororio. Sin que quepa negar que el varón hereda femineidad de su madre y la mujer virilidad de su padre. ¿O es que el zángano no tiene algo de abeja y la abeja algo de zángano? O hay, si se quiere, *abejos y zánganos*.

Y nada más, que no debo hacer una novela sobre otra novela.

En Salamanca, ciudad, en el día de los Desposorios de Nuestra Señora del año de gracia milésimo noventa y seis.

Era a Rosa y no a su hermana Gertrudis, que siempre salía de casa con ella, a quien ceñían aquellas ansiosas miradas que les enderezaba Ramiro. O por lo menos, así lo creían ambos, Ramiro y Rosa, al atraerse el uno al otro.

Formaban las dos hermanas, siempre juntas, aunque no por eso unidas siempre, una pareja al parecer indisoluble, y como un solo valor. Era la hermosura espléndida y algún tanto provocativa de Rosa, flor de carne que se abría a flor del cielo a toda luz y todo viento, la que llevaba de primera vez las miradas a la pareja; pero eran luego los ojos tenaces de Gertrudis los que sujetaban a los ojos que se habían fijado en ellos y los que a la par les ponían raya. Hubo quien al verlas pasar preparó algún chicoleo un poco más subido de tono; mas tuvo que contenerse al tropezar con el reproche de aquellos ojos de Gertrudis, que hablaban mudamente de seriedad. «Con esta pareja no se juega», parecía decir con sus miradas silenciosas.

Y bien miradas y de cerca aún despertaba más Gertrudis el ansia de goce. Mientras su hermana Rosa abría espléndidamente a todo viento y toda luz la flor de su encarnadura, ella era como un cofre cerrado y sellado en que se adivina un tesoro de ternuras y delicias secretas.

Pero Ramiro, que llevaba el alma toda a flor de los ojos, no creyó ver más que a Rosa, y a Rosa se dirigió desde luego.

-¿Sabes que me ha escrito? -le dijo ésta a su hermana.

-Sí, vi la carta.

-¿Cómo? ¿Que la viste? ¿Es que me espías?

-¿Podía dejar de haberla visto? No, yo no espío nunca, ya lo sabes, y has dicho eso no más que por decirlo...

-Tienes razón, Tula, perdónamelo.

-Sí, una vez más, porque tú eres así. Yo no espío, pero tampoco oculto nunca nada. Vi la carta.

-Ya lo sé; ya lo sé...

-He visto la carta y la esperaba.

-Y bien, ¿qué te parece de Ramiro?

-No le conozco.

-Pero no hace falta conocer a un hombre para decir lo que le parece a una de él.

-A mí, sí.

-Pero lo que se ve, lo que está a la vista...

-Ni de eso puedo juzgar sin conocerle.

-¿Es que no tienes ojos en la cara?

-Acaso no los tenga así...; ya sabes que soy corta de vista.

-¡Pretextos! Pues mira, chica, es un guapo mozo.

-Así parece.

-Y simpático.

-Con que te lo sea a ti, basta.

-¿Pero es que crees que le he dicho ya que sí?

-Sé que se lo dirás al cabo, y basta.

-No importa; hay que hacerle esperar y hasta rabiarse un poco...

-¿Para qué?

-Hay que hacerse valer.

-Así no te haces valer, Rosa; y ese coqueteo es cosa muy fea.

-De modo que tú...

-A mí no se me ha dirigido.

-¿Y si se hubiera dirigido a ti?

-No sirve preguntar cosas sin sustancia.

-Pero tú, si a ti se te dirige, ¿qué le habrías contestado?

-Yo no he dicho que me parece un guapo mozo y que es simpático, y por eso me habría puesto a estudiarle...

-Y entretanto se iba a otra...

-Es lo más probable.

-Pues así, hija, ya puedes prepararte...

-Sí, a ser tía.

-¿Cómo tía?

-Tía de tus hijos, Rosa.

-¡Eh, qué cosas tienes! -y se le quebró la voz.

-Vamos, Rosita, no te pongas así, y perdóname -le dijo dándole un beso.

-Pero si vuelves...

-¡No, no volveré!

-Y bien, ¿qué le digo?

-¡Dile que sí!

-Pero pensará que soy demasiado fácil...

-¡Entonces dile que no!

-Pero es que...

-Sí, que te parece un guapo mozo y simpático. Dile, pues, que sí y no andes con más coqueterías, que eso es feo. Dile que sí. Después de todo, no es fácil que se te presente mejor partido. Ramiro está muy bien, es hijo solo.

-Yo no he hablado de eso.

-Pero yo hablo de ello, Rosa, y es igual.

-¿Y no dirán, Tula, que tengo ganas de novio? -Y dirán bien.

-¿Otra vez, Tula?

Y ciento. Tienes ganas de novio y es natural que las tengas. ¿Para qué si no te hizo Dios tan guapa?

-¡Guasitas no!

Ya sabes que yo no me guaseo. Parézcenos bien o mal, nuestra carrera es el matrimonio o el convento; tú no tienes vocación de monja; Dios te hizo para el mundo y el hogar, vamos, para madre de familia... No vas a quedarte a vestir santos. Dile, pues, que sí.

-¿Y tú?

-¿Cómo yo?

-Que tú, luego...

-A mí déjame.

Al día siguiente de estas palabras estaban ya en lo que se llaman relaciones amorosas Rosa y Ramiro.

Lo que empezó a cuajar la soledad de Gertrudis.

Vivían las dos hermanas, huérfanas de padre y madre desde muy niñas, con un tío materno, sacerdote, que no las mantenía, pues ellas disfrutaban de un pequeño patrimonio que les permitía sostenerse en la holgura de la modestia, pero les daba buenos consejos a la hora de comer, en la mesa, dejándolas, por lo demás, a la guía de su buen natural. Los buenos consejos eran consejos de libros, los mismos que le servían a don Primitivo para formar sus escasos sermones.

«Además -se decía a sí mismo con muy buen acierto don Primitivo-, ¿para qué me voy a meter en sus inclinaciones y sentimientos íntimos? Lo mejor es no hablarles mucho de eso, que se les abren demasiado los ojos. Aunque... ¿abrirseles? ¡Bah! Bien abiertos los tienen, sobre todo las mujeres. Nosotros los hombres no sabemos una palabra de esas cosas. Y los curas, menos. Todo lo que nos dicen los libros son pataratas. ¡Y luego, me mete un miedo esa Tulilla...! Delante de ella no me atrevo..., no me atrevo... ¡Tiene unas preguntas la mocita! ¡Y cuando me mira tan seria, tan seria..., con esos ojazos tristes -los de mi hermana, los de mi madre, ¡Dios las tenga en su santa gloria! ¡Esos ojazos de luto que se le meten a uno en el corazón...! Muy serios, sí, pero riéndose con el rabillo. Parecen decirme: «¡No diga usted más bobadas, tío!». ¡El demonio de la chiquilla! ¡Todavía me acuerdo el día en que se empeñó en ir, con su hermana, a oírme aquel sermoncete; el rato que pasé, Jesús Santo! ¡Todo se me volvía apartar mis ojos de ella por no cortarme; pero nada, ella tirando de los míos! Lo mismo, lo mismo me pasaba con su santa madre, mi hermana, y con mi santa madre, Dios las tenga en su gloria. jamás pude predicar a mis anchas delante de ellas, y por eso les tenía dicho que no fuesen a oírme. Madre iba, pero iba a hurtadillas, sin decírmelo, y se ponía detrás de la columna, donde yo no la viera, y luego no me decía nada de mi sermón. Y lo mismo hacía mi hermana. Pero yo sé lo que ésta pensaba, aunque tan cristiana, lo sé. «¡Bobadas de

hombres!» Y lo mismo piensa esta mocita, estoy de ello seguro. No, no, ¿delante de ella predicar? ¿Yo? ¿Darle consejos? Una vez se le escapó lo de *¡bobadas de hombres!* y no dirigiéndose a mí, no, pero yo la entiendo...»

El pobre señor sentía un profundísimo respeto, mezclado de admiración, por su sobrina Gertrudis. Tenía el sentimiento de que la sabiduría iba en su linaje por vía femenina, que su madre había sido la providencia inteligente de la casa en que se crió, que su hermana lo había sido en la suya, tan breve. Y en cuanto a su otra sobrina, a Rosa, le bastaba para protección y guía con su hermana. «Pero qué hermosa la ha hecho Dios, Dios sea alabado -se decía-; esta chica o hace un gran matrimonio, con quien ella quiera, o no tienen los mozos de hoy ojos en la cara.»

Y un día fue Gertrudis la que, después que Rosa se levantó de la mesa fingiendo sentirse algo indispuesta, al quedarse a solas con su tío, le dijo:

-Tengo que decirle a usted, tío, una cosa muy grave.

-Muy grave..., muy grave... -y el pobre señor se azaró, creyendo observar que los rabillos de los ojazos tan serios de su sobrina se reían maliciosamente.

-Sí, muy grave.

-Bueno, pues desembucha, hija, que aquí estamos los dos para tomar un consejo.

-El caso es que Rosa tiene ya novio.

-¿Y no es más que eso?

-Pero novio formal, ¿eh?, tío.

-Vamos, sí, para que yo los case.

-¡Naturalmente!

-Y a ti, ¿qué te parece de él?

-Aún no ha preguntado usted quién es...

-¿Y qué más da, si yo apenas conozco a nadie? A ti, ¿qué te parece de él?, contesta.

-Pues tampoco yo le conozco.

-¿Pero no sabes quién es, tú?

-Sí, sé cómo se llama y de qué familia es y.

-¡Basta! ¿Qué te parece?

-Que es un buen partido para Rosa y que se querrán.

-¿Pero es que no se quieren ya?

-¿Pero cree usted, tío, que pueden empezar queriéndose? -Pues así dicen, chiquilla, y hasta que eso viene como un rayo...

-Son decires, tío.

-Así será; hasta que tú lo digas.

-Ramiro... Ramiro Cuadrado...

-¿Pero es el hijo de doña Venancia, la viuda? ¡A.cabáramos! No hay más que hablar.

-A Ramiro, tío, se le ha metido Rosa por los ojos y cree estar enamorado de ella...

-Y lo estará, Tulilla, lo estará...

-Eso digo yo, tío, que lo estará. Porque como es hombre de vergüenza y de palabra, acabará por cobrar cariño a aquella con la que se ha comprometido ya. No le creo hombre de volver atrás.

-¿Y ella?

-¿Quién? ¿Mi hermana? A ella le pasará lo mismo.

-Sabes más que san Agustín, hija.

-Esto no se aprende, tío.

-¡Pues que se casen, los bendigo y sanseacabó!

-¡O sanseempezó! Pero hay que casarlos y pronto. Antes de que él se vuelva...

-Pero ¿temes tú que él pueda volverse...?

-Yo siempre temo de los hombres, tío.

-¿Y de las mujeres no?

-Esos temores deben quedar para los hombres. Pero sin ánimo de ofender al sexo... fuerte, ¿no se dice así?, le digo que la constancia, que la fortaleza está más bien de parte nuestra...

-Si todas fueran como tú, chiquilla, lo creería así, pero...

-Pero qué?

-¡Qué tú eres excepcional, Tulilla!

-Le he oído a usted más de una vez, tío, que las excepciones confirman la regla...

-Vamos, que me aturdes... Pues bien, los casaremos, no sea que se vuelva él..., o ella...

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

